



HISTORIA DE LA NIÑA SIDONIA

Las luciérnagas de Savigny

Savigny de Orge.

MI QUERIDA SIDONIA:

AYER estábamos á la mesa en el gran comedor que ya conoces, con su amplia puerta al jardín todo florido. Yo estaba aburrída; papá había tenido mal humor toda la mañana y mi pobre mamá no se atrevía á decir una palabra, aterrada por su ceño. Y pensaba que es verdaderamente lástima esto de hallarme tan sola en medio del verano y en país tan pintoresco, y por consiguiente que sería una dicha, ahora que he salido del convento y he de pasar estaciones enteras en el campo, tener como en otro tiempo, álguien que corriera conmigo por el bosque y por los sotos.

»Jorge suele venir alguna que otra vez, pero viene siempre tarde, sólo para comer, y parte al día siguiente con papá antes de que yo me levante. Además, es ya un hombre serio, trabaja en la fábrica y los cuidados del negocio le fruncen á él también la frente algunas veces.

»En esto estaba pensando, de pronto se vuelve papá hacia mí y me dice:

—¿Qué ha sido de tu amiguita Sidonia? Tendría gusto en verla por aquí una temporada.

»Figúrate si me pondría yo contenta. ¡Qué alegría volvernos á ver para renovar aquella buena amistad interrumpida no por culpa nuestra! ¡Cuántas cosas qué contarnos! Tú, la única que tenías el dón de desenojar al siempre malhumorado y displicente abuelo, serás la alegría de la casa, y te aseguré que tenemos buena necesidad de ello.

»¡Está este bello Savigny tan solitario! Figúrate que por la mañana suelen pasarme por la cabeza ideas de coquetería, y me visto, me acicalo, me rizo el pelo. Luégo me paseo por todos los andenes hasta que me cercioro de que he perdido el tiempo componiéndome para los cisnes, para los patos, para el perro *Kis* y las vacas que ni siquiera se dignan volver la cabeza, cuando paso. En mi desencanto, vuelvo entonces más que aprisa á despojarme de mis galas y perifollos, y poniéndome una bata de percal, me ocupo en los quehaceres domésticos. Y estoy por decir que me ha servido de mucho el mismo aburrimiento, pues huyendo de él, llegaré á ser con el tiempo una buena ama de gobierno.

»Por fortuna viene ya á más andar la estación de la caza y cuento con ella para divertirme un poco. En primer lugar, Jorge y mi padre, grandes cazadores los dos, vendrán más á menudo; y luégo tú estarás aquí, pues supongo que me contentarás sin demora anunciándome tu próxima llegada. ¿No es así?

»Risler nos dijo que andabas algo mala. Vente desde luégo á respirar estos aires y te restablecerás completamente.

»Todos te esperamos aquí; y no vive ya de impaciencia tu afectísima amiga

CLARA.

Escrita y cerrada su carta, tomó Clara Fromont su gran sombrero de paja, porque aquellos primeros días de agosto eran tan calurosos como espléndidos, y bajó á echarla en el buzón de la quinta, de donde todas las mañanas tomaba de paso el cartero la correspondencia del lugar.

Estaba situado el buzón al extremo del parque en un recodo del camino. Clara se detuvo un momento á contemplar el paisaje, los corpulentos árboles, los prados circunvecinos, dormidos y bañados de sol. Mas lejos acarreaban algunos rústicos las últimas gavillas de dorada miés, y otros araban más allá. Pero toda la melancolía del trabajo silencioso había desaparecido para la joven con la esperanza de volver á ver pronto á su antigua amiga.

Ni un soplo de aire se levantó de las colinas que festoneaban el horizonte, ni una voz vino de la copa de los árboles, inmóviles y callados, á advertirla con un presentimiento, á impedirle que enviara aquella fatal carta. Y sin retardo se ocupó á su regreso en preparar á Sidonia un cómodo y bonito aposento, contiguo al suyo.

La carta fué á su dirección fielmente: desde la portezuela verde de la quinta rodeada de glicinas y madre-selvas, fué derechamente á París y llegó aquella misma tarde con su sello de Savigny y con el aroma del campo al quinto piso de la calle de Brague.

¡Qué acontecimiento aquel! La dichosa carta fué leída hasta tres veces, y permaneció por espacio de

ocho días en la repisa de la chimenea junto á las reliquias de madama Chebe, el péndulo de globo y las copas del imperio. Para Sidonia fué aquello como una maravillosa novela llena de encantos y promesas que leía ella de corrido sin abrirla, sólo mirando el blanco sobrescrito donde resaltaba la cifra de Clara Fromont.

Esto olía ya á bodas. Lo esencial era el traje que había de llevar á la quinta. Era preciso ocuparse gravemente en esto, cortar, combinar, improvisar vestidos y tocados elegantes...

¡Desdichado Franz! ¡Cuánto lo apenaban estos preparativos! La ida á Savigny, á la cual había procurado en vano oponerse, retardaba más y más su casamiento, felicidad que, sin saber por qué, alejaba Sidonia un poco cada día. Ni siquiera podía ir á verla, y una vez allá rodeada de obsequios, gustos y regocijos ¿quién podía decir cuándo y cómo volvería?

Á las señoras de Delobelle iba siempre el despechado amante á contarles sus cuitas, como sus alegrías, sin advertir como una vez se levantó vivamente la pobre Desiderata, en cuanto él entró, para hacerle sitio á su lado y cómo se sentó luégo con las mejillas encendidas y los ojos brillantes.

Hacia algunos días que no trabajaban ya en pájaros ni moscas. La madre y la hija hacían volantes de color de rosa para el traje de Sidonia, y la verdad sea dicha, nunca jamás había cosido la buena de la cojita de mejor voluntad y gusto.

Y es que había heredado de su padre esa facilidad de ilusionarse y esperar hasta el fin y aún más allá.

Mientras Franz le refería sus amorosas cuitas, pensaba Desiderata que, ausente ya Sidonia, iría él con más frecuencia á visitarlas, siquiera no fuera más que por hablar de su amada; que de este modo lo tendría allí bien cerquita de ella; que velarían juntos ambos á dos esperando á su ilustre padre, y que acaso una

noche echara de ver, mirándola bien, la diferencia que hay entre la mujer que ama y la que sólo se deja amar.

Entonces la idea de que cada punto dado en el traje anticipaba una partida con tal y tanta impaciencia esperada, imponía á su aguja un movimiento extraordinario; y el pobre enamorado miraba con terror cómo á vista de ojos se iban acumulando en torno de ella volantes, guarniciones y demás adornos.

Luégo que el traje estuvo hecho, partió para Savigny la señorita Sidonia.

La quinta de Mr. Gardinois estaba situada en el valle del Orge, á orillas de este riachuelo tan caprichosamente bello con sus molinos, sus islas, sus exclusas y sus mantos de musgo que se extendían á lo largo de sus márgenes.

La casa, antiguo edificio á lo Luis XIV, alto sólo de techo, tenía cierto sello de tristeza, una apariencia especial de antigüedad aristocrática: amplia gradería, balcones de hierro oxidado, jarrones viejos en que las flores nuevas resaltaban vivamente sobre la roja piedra. Los muros de la cerca se extendían hasta perderse de vista, descendiendo por un suave declive hasta el mismo río, y la casa-habitación los dominaba con su cubierta de pizarra y el poblado parque con sus tilos y fresnos, sus castaños y álamos.

Pero el encanto de la antigua posesión era el agua que animaba su silencio y alegraba sus vistas. Sin contar el río, había en Savigny manantiales, fuentes, estanques, donde se refleja el sol en toda su gloria; y esto sentaba muy bien á aquella antigua casa enmohecida, verdosa y un tanto corroída, como un peñasco al borde de un río.

Por desgracia, en Savigny como en la mayor parte de esos palacios de verano parisienses, de que han hecho su presa los advenedizos del comercio y de la es-

peculación, los castellanos no estaban en armonía con aquella aristocrática vivienda.

Desde que la adquiriera el viejo Mr. Gardinois, sólo se ocupaba en deshacer lo que á dicha había venido á parar á sus manos: cortaba árboles para despejar la vista, embarazaba el parque con feas tapias para atajar á los merodeadores y reservaba toda su solicitud para un magnífico huerto, que dándole fruta y legumbres en abundancia, le parecía más de su tierra, de la tierra del labriego.

En cuanto á los salones, cuyos pintados cuarterones palidecían con las nieblas del otoño, en cuanto á los estanques invadidos por las ninfeas, en cuanto á las grutas y puentes de rocalla, sólo les daba importancia por la admiración de los visitantes de buen gusto y porque de todo esto se componía lo que tanto lisonjeaba su vanidad de antiguo marchante de bueyes... un palacio campestre.

Hombre ya entrado en años, sin poder ya cazar ni aun pescar, pasaba el tiempo en vigilar los más ínfimos detalles de aquella inmensa posesión. El grano que se echaba á las gallinas, el precio del último pasto vendido, el número de haces de paja encerrados en un inmenso granero de rotonda, le daban motivos sobrados para estar rabiando todo el día. Y ciertamente, cuando se veía de lejos aquel bello Savigny con el palacio á media cuesta, el río lamiendo sus piés, los altos terrazos sombreados por la yedra, los sillares sosteniendo el parque en la majestuosa pendiente del terreno, ni se hubiera podido sospechar la mezquindad, la pobreza de espíritu del propietario.

En la ociosidad de su riqueza, aburriéndose en París, vivía en su quinta todo el año, y en la estación estival iban allá los de Fromont á hacerle compañía.

Madama Fromont era una señora afable, inteligente, á quien el despotismo brutal de su padre había obli-

gado desde muy temprano á la obediencia pasiva y perpetua; y guardaba la misma actitud para con su marido, cuya bondad é inteligencia no habían podido corregir aquella naturaleza humillada, silenciosa, indiferente á todo y como irresponsable. Habiendo vivido siempre agena á los negocios, había venido á ser rica sin echarlo de ver y sin el menor deseo de aprovecharse de su riqueza: su hermosa casa de París y el palacio de su padre en Savigny no le causaban sino molestia: en ellos ocupaba el menor lugar posible, llenando su vida con una sola pasión, el orden, un orden monstruoso, fantástico, inverosímil, que consistía en cepillar, en limpiar el polvo, en hacer relucir por sí misma, sin descanso, los espejos, los dorados, las molduras de las puertas.

Cuando no tenía nada que limpiar, aquella extraña mujer la emprendía con sus alhajas, y á fuerza de dar lustre á la cifra de su marido entrelazada con la suya, acabó por borrar todas sus letras. Su manía la siguió á Savigny: recogía las ramas secas en los andenes, escarbaba el musgo con la punta de su sombrilla, hubiera querido limpiar de polvo las hojas, deshollinar los árboles viejos, y muy á menudo en el tren enviaba las casitas de campo alineadas á lo largo de la vía tan blancas de suyo y tan limpias, con sus relucientes cubiertas, sus bolas de metal inglés y sus jardincitos prolongados que no sino parecen cajones de cómoda. Este era su tipo de casa de campo.

Mr. Fromont, que no iba allá mas que de paso y aun así, con la eterna preocupación de sus negocios, tampoco estaba á gusto en Savigny. Únicamente Clara estaba como en su casa en tan hermoso paraje. Obligada á bastarse á sí misma, como todos los niños solitarios, miraba con predilección ciertos paseos, vigilaba las florescencias, tenía su andén, su árbol, su banco favorito para leer. La campana de la comida la

embalsaman todo un aposento, los cañastillos de flores, el tono frío de los criados, el indolente *enganchad* de madama Fromont...

¡Y qué bien hallada estaba entre estos refinamientos de los ricos! ¡Cómo era efectivamente ésta la existencia que le convenía! Parecíale que jamás había tenido otra.

De pronto, en medio de su embriaguez, llegó una carta de Franz, que le hacía volver á la realidad de su vida, á su mísera condición de futura esposa de empleado, y la ponía por fuerza en la mezquina habitación que habían de ocupar un día en lo alto de alguna casa vieja y sombría, cuyo aire pesado é impregnado de miseria le parecía respirar ya.

¿Romper sus relaciones?

Podía ciertamente hacerlo, puesto que no había dado más prenda que su palabra. Pero despedido Franz ¿quién sabe si no lo sentiría?

En aquella cabecita enloquecida de ambición se chocaban las más extrañas ideas. Á veces, mientras el abuelo Gardinois, que había dejado en su honor su antiguo traje de caza, se chanceaba con ella gustando de contradecirla, á trueque de obtener alguna graciosa réplica, mirábalo sin contestar, fija y fríamente hasta lo hondo del alma. ¡Ah! ¡Si hubiera tenido siquiera diez años menos!... Pero esta idea no la ocupó mucho tiempo. Un nuevo personaje entró en escena y una nueva esperanza acababa de penetrar en su vida.

Desde la llegada de Sidonia, Jorge Fromont, á quien no se veía en Savigny más que los domingos, había tomado la costumbre de ir á comer allá casi todos los días.

Era Jorge un joven enteco, pálido, pero elegante. Huérfano de padre y madre y educado por su tío Mr. Fromont, estaba llamado á sucederle en su comercio y verosímilmente también á ser el marido de

Clara. Este porvenir ya hecho lo dejaba bastante frío: no le gustaba el comercio, lo primero; y en cuanto á su prima, existía entre ellos una intimidad de niños, de una educación común, una confianza de hábito; pero nada más, á lo menos por su parte.

Con Sidonia, al contrario, se sintió desde luego embarazado, tímido, y al mismo tiempo deseoso de causar efecto, cambiado completamente. Tenía ella precisamente la gracia que á él le gustaba, y no pasó mucho tiempo sin que notara la impresión que producía en él.

Cuando las dos jóvenes se paseaban por el parque, Sidonia era siempre quien pensaba en la hora del tren de París. Las dos llegaban juntas á la verja á ver los pasajeros y la primera mirada de Jorge era siempre para Sidonia, un poco detrás de su amiga, pero en esa postura y con ese aire que salen, por decirlo así, al encuentro de los ojos. Esta inteligencia entre ellos duró algún tiempo: no se hablaban de amor; pero todas las palabras, todas las sonrisas que cambiaban, estaban llenas de declaraciones y reticencias.

Una tarde de verano nublosa y pesada, como hubieran salido las dos amigas, apenas levantados los manteles, y se pasearan bajo el seto de ojaranzos, fué luego Jorge á buscarlas. Hablando estaban los tres de cosas indiferentes, haciendo rechinar los guijarros bajo sus lentos pasos, cuando se oyó la voz de madama Fromont, que llamaba á Clara por la parte de la quinta. Jorge y Sidonia quedaron allí solos y continuaron andando sin hablar ni menos acercarse uno á otro.

Un viento tibio agitaba el seto; movía igualmente el agua del estanque, batía suavemente con sus ondas los arcos del puente; tilos y acacias, cuyas desprendidas flores volaban entre las ráfagas, perfumaban el aire electrizado... Sentíanse los dos jóvenes en una atmósfera de tempestad, vibradora, penetrante... En



lo interior de sus turbados ojos se encendían relámpagos de calor como los que inflamaban el límite del horizonte.

—¡Oh! ¡Qué luciérnagas tan bellas!—exclamó Sidonia á quien embarazaba este silencio, turbado sólo por misteriosos ruidos.

En efecto, unas lucecitas verdes y bulliciosas iluminaban las cintas de la yerba. Y se bajó á tomar una sobre el guante. Jorge fué á arrodillarse cerca de ella, é inclinados los dos sobre la yerba hasta confundir el aliento, se miraron un momento á la cla-

ridad de las luciérnagas. ¡Cuán extraña y bella pareció la joven al galán con aquel reflejo verde que subía á su inclinado rostro y se perdía entre los rizos de sus hermosos cabellos!... Con esto, rodeó su talle con el brazo y de repente, sintiendo que ella se le abandonaba, la estrechó contra sí con amoroso delirio.

—¿Qué buscáis ahí?—preguntó Clara, en pié, en la sombra por detrás de ellos.

Embargado, con la garganta apretada, Jorge temblaba tanto que no pudo contestar. Sidonia, al contrario, se levantó con el mayor sosiego y contestó gallardamente:

—Miramos estas luciérnagas. Vé cuántas hay esta tarde y cómo brillan.

Sus ojos también brillaban con fulgor extraordinario.

—La tempestad sin duda...—murmuró Jorge todavía desconcertado.

Y en efecto, la tempestad se venía encima. Grandes oleadas de hojas y polvo corrían de uno á otro extremo del vallado, y los tres jóvenes, después de dar algunos pasos, volvieron á la quinta. Clara y Sidonia tomaron sus labores y Jorge se entretuvo con un periódico que halló á mano, mientras madama Fromont limpiaba sus sortijas y Mr. Gardinois jugaba al billar con su yerno en la sala contigua.

¡Cuán larga le pareció á Sidonia aquella tarde! Sólo tenía un deseo: hallarse sola, libre de sus pensamientos.

Pero en el silencio de su aposento, luégo que hubo apagado la luz, que estorba los sueños iluminando con demasiada viveza la realidad, ¡cuántos proyectos! ¡Qué transportes de alegría! Jorge Fromont, el heredero de la fábrica, la amaba... Se casaría con él y sería rica; porque en aquella alma venal, el primer beso de amor no había despertado más que ideas de lujo y ambición.

Para cerciorarse bien de que su amante era sincero, procuraba recordar los más ligeros pormenores de la escena de las luciérnagas: la expresión de sus ojos, la pasión con que la estrechaba, los juramentos balbuceados, labios con labios, á la vaporosa luz de los fosfóricos insectos, que un momento solemne había fijado para siempre en su corazón.

¡Oh! qué preciosas luciérnagas las de Savigny!

Toda aquella noche estuvieron rielando como estrellas ante sus ojos: el parque estaba cuajado de ellas hasta el fondo de sus más sombrías avenidas; las había en todos los tallos del musgo, en todas las hojas de los árboles, en todos los árboles del bosque... en la menuda arena de los andenes, y en las ondas del estanque rutilaban las mismas chispas verdosas; y todos aquellos resplandores microscópicos formaban como una iluminación de fiesta en que se envolvía Savigny para celebrar los esponsales de Jorge y de Sidonia.

Al día siguiente, cuando se levantó, su plan estaba formado. Jorge la amaba: sobre esto no cabía duda. Ahora bien: ¿Querría casarse con ella? Bien sospechaba que no la muy sagaz; pero no se asustaba, ni mucho menos. Sentíase con fuerzas para dominar aquella alma de niño, débil y apasionada á la vez. No había sino resistirse, y esto es lo que hizo.

Durante algunos días, estuvo fría, indiferente, voluntariamente ciega y desmemoriada. Quiso él hablar con ella, encontrar el momento feliz; pero Sidonia se esquivaba poniendo siempre entre los dos un testigo. Entonces el enamorado le escribió.

Él mismo iba á depositar sus cartas en el hueco de una roca, junto á una cristalina fuente que llamaban el *Fantasma*, cubierta con un techo de paja en el fondo del parque.

Á Sidonia le parecía esto encantador. Por la noche era menester mentir, inventar cualquier pretexto para

ir sola á la fuente. La sombra de los árboles al través de las avenidas, la turbación de la severa noche, la carrera, la emoción le hacían palpar deliciosamente. Encontraba allí la carta impregnada de rocío, del intenso frío de la fuente, y tan blanca á la claridad de la luna, que tenía que esconderla presurosa temiendo que ojos extraños la vieran.

Luégo que estaba á solas ¡qué alegría de abrirla y descifrar aquellos caracteres mágicos, aquellas frases de amor, cuyas palabras resplandecían rodeadas de círculos verdes, azules, amarillos, deslumbradores, como si hubiera leído su carta á la fulgúrea luz del sol.

«Amo, amo á usted... Ámeme usted á mí...» escribía Jorge en todos los tonos.

Al principio no contestaba Sidonia; pero cuando lo supuso bien enamorado, bien suyo, exasperado por su frialdad, entonces le dió esta admirable contestación:

«Yo no amaré sino á mi marido.»

La niña Sidonia era ya una verdadera mujer.

